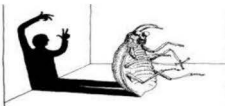


LUCILA CARZOGLIO

Signos  
vitales

Página 2



OSVALDO QUIROGA

Sin herida  
no hay  
poesía ni arte

Página 3

VICENTE BATTISTA

La ficción  
de las  
afecciones

Página 4

  
**télam**  
AGENCIA NACIONAL  
DE NOTICIAS

# SLT

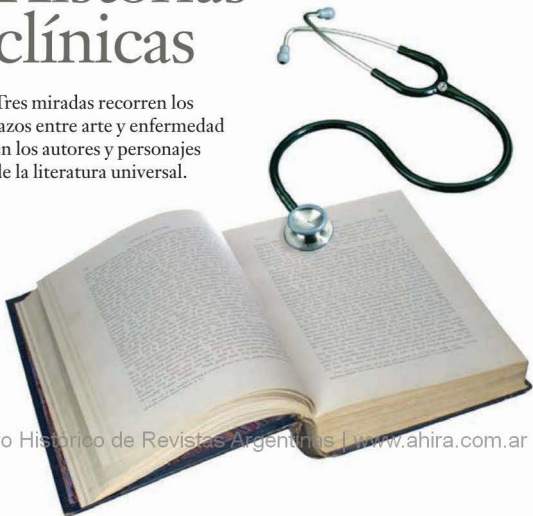
WWW.TELAM.COM.AR

SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 5 | NÚMERO 251 | JUEVES 22 DE SEPTIEMBRE DE 2016

# Historias clínicas

Tres miradas recorren los  
lazos entre arte y enfermedad  
en los autores y personajes  
de la literatura universal.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | [www.ahira.com.ar](http://www.ahira.com.ar)

En la portada Fototeca Latinoamericana (FoLa) se expone "Tiempo suspendido", 50 fotografías de Graciela Iturbide sobre Frida Kahlo. Se destacan las imágenes tomadas en el baño de la Casa Azul, un lugar íntimo que contenía cartas secretas y objetos personales de Frida, tapiado por decisión de Diego Rivera a la muerte de su mujer en 1954, y reabierto en 2006. Un diálogo que habla del dolor, y de cómo se

sobrepone los seres vivos, es el que propone esta mexicana nacida en 1942, alumna de Álvarez Bravo. "El baño de Frida" reúne objetos de la pintora ligados a su enfermedad: una muleta, un corsé, una prótesis. "Naturata" retrata plantas de un jardín botánico que requieren de cuidados especiales. Hasta el 3 de diciembre en Godoy Cruz 2620, de jueves a martes de 12 a 20 (excepto miércoles).



# Signos vitales



→ LUCILA CARZOLIO

**A** todos, al nacer, nos otorgan una doble ciudadanía, la del reino de los sanos y la del reino de los enfermos. Y aunque preferimos usar el pasaporte bueno, tarde o temprano cada uno de nosotros se ve obligado a identificarse, al menos por un tiempo, como ciudadano de aquel otro lugar", escribe Susan Sontag en *La enfermedad y sus metafóras*, ese libro ya clásico en el que analiza las ideas instauradas alrededor de la tuberculosis, el cáncer o el sida. La forma en que nos referimos a las afecciones del cuerpo, ese mundo paralelo que creamos que no nos pertenece, esconde miedos, proyecciones, deseos y fantasías culturales. Según la escritora, desde los discursos sociales, se construyen imágenes militaristas que hablan de colonización, defensas o invasión, y traducen una concepción de la enfermedad como castigo, falta, disolución o mal, que estigmatiza al enfermo.

En general, cuando nos toca estar "del lado nocturno de la vida" la dolencia se incorpora como algo ajeno, un otro que sucede y que desconocemos en la mismísima intimidad. Nuestro registro de "eso" entra en el terreno de lo imaginario y las transformaciones del cuerpo, especialmente en experiencias al límite, toman procedimientos ficcionales para sentirse, explicarse, asumirse. La herida que se abre en el paciente, entonces, puede tener su correlato físico, pero sobre todo acontece en el ámbito de la subjetividad y de la ficción. No es casual, en este sentido, que los distintos géneros literarios del yo aparezcan como la contracara de la historia clínica.

En la literatura nacional los casos abundan. Frente una farmacología que hace del individuo un medicamento, en el que combatir el dolor es el principal objetivo de un fármaco en primera persona. La palabra puede ser remedio o enfermedad, pero de cualquier manera se convierte en testimonio, a la vez que es un intento por recobrar soberanía sobre la propia vida y muerte (hegemonizada por el saber



SUSAN SONTAG. PARA LA ESCRITORA, EL DISCURSO SOCIAL INTERPRETA A LA ENFERMEDAD COMO UN CASTIGO.

La herida que se abre en el paciente acontece en el ámbito de la subjetividad y de la ficción, por esto los distintos géneros literarios del yo aparecen como la contracara de la historia clínica, como podemos ver en los abundantes casos de la literatura argentina.

médico). Así, si escribir asegura la existencia, también funciona como proceso de autoconocimiento o práctica de emponderamiento. Ya sea a través de novelas en formato diario, poesías, ensayos o crónicas, nuestros enfermos no cesan de repetir "yo soy, yo estoy".

El puro presente se instala en el texto del que se sabe vitalmente amenazado. Si bien en *Desarticulaciones* de Sylvia Molloy no es la narradora quien padece Alzheimer, el vínculo con su amiga M.L. insta con la misma urgencia. "Tengo que escribir estos textos mientras ella está viva, mientras no haya muerte o clausura, para tratar de entender este estar/estar de una persona que se desarticula ante mis ojos", dice la autora a modo de prólogo. Con esta premisa, el relato se hace carnal, más vivo y más urgente. El mundo solo porque a partir de episodios retrata a una persona que ya casi ha perdido la memoria, además los capítulos conforman destellos de luz (de la enferma y de la sana). Como un rayo en la oscuridad, cada uno se mantiene en su

fragmentariedad sin completar ni sellar significaciones, tal como sucede con esa personalidad que se opaca lentamente.

Con un futuro que huye hacia temporalidades inexactas, la inmediatez se torna necesaria y el deseo se vuelve imperativo. Y es que, como escribe Martha Dillon en *Veir o veír*, "la sombra de la muerte le da brillo a cada instante y la verdad le presta al relieve". Así, la enfermedad se presenta como una nueva forma vida y, en ella, el sexo se reformula. Lejos de la visión ascética del doliente, "Literatura + enfermedad = enfermedad" de Roberto Bolaño señala al acto sexual como un objetivo primordial para el moribundo, aunque es en *Un año sin amor*, de Pablo Pérez, donde la petite mort invierte su sentido de manera más radical.

El dolor que un individuo del sida, desde el presentimiento de un próximo final, los pasajes alternan entre la incontinencia y la abstinencia, pero siempre el or-

gasmio funciona como garantía de supervivencia y conducta terapéutica que enlaza con la vida. La errancia sexual genera textualidad, a la vez que los apuntes cotidianos organizan la experiencia vital. A partir de la cronología proyectante asentada, el yo da cuenta de sus síntomas, decisiones o emociones y, al hacerlo, marca también el ritmo de sus días: la carne enferma, junto a la palabra, se abisma en el deseo y espera.

O bien, se espera, ya que en el poemario de Héctor Viel Temperley, *Hospital Británico*, los años con sus meses, más que ordenar, transfiguran la vivencia de disolución. Construidos durante una convalecencia, tras duras intervenciones por un cáncer, los poemas con sus fechas repiten temporalidades y saltan de un tiempo a otro para luego volver al período inicial. La secuencia convencional estalla y la lengua se extasia en el delirio. A lo largo de la obra, aparecen partes de otros libros de su autoría, los títulos de los fragmentos poéticos se reiteran y los nombres propios se escriben en minúscula, mientras las mayúsculas se inmiscuyen en el medio de las oraciones. El desvarío verbal traduce la incapacidad significativa del lenguaje ante la desintegración corporal, pero aun así el yo aclara: "voy hacia lo que menos conocí en mi vida: voy hacia mi cuerpo" (1984); para luego, en otro apartado, agregar: "mi cuerpo -con aves como bisturíes en la frente- entra en mi alma" (1984).

Ante la inminencia de muerte, la materialidad corpórea no solo es soporte, sino escenario y protagonista de un devenir. Precisamente, el trabajo de Gabriela Lifschitz en *Efectos colaterales* pone en evidencia las marcas de la enfermedad y los distintos fármacos. Sin embargo, a pesar de la masticación y el cáncer avanzado, advierte "no soy el cuerpo de la agonía, soy la que hace el racconto". Desde esta potencia vital, su libro, mezcla de autorretratos y retratos, desafía las representaciones habituales del desdichado para cargar de erotismo la vida. Su principal interés no radica tanto en atestiguar, sino en hacer de su cicatriz, la calvicie o el dolor el acto revolucionario: esto es, hacer de la enfermedad una oportunidad para transformar la vida.

La Comisión Nacional de Bibliotecas Populares (Conabip) pone en marcha "Socios de la lectura", iniciativa que busca contagiar el placer por la práctica lectora a través de spots publicitarios y charlas con escritores en todo el país. Las bibliotecas son la identidad cultural del barrio y de la comunidad y quienes las sostienen son, casi siempre, voluntarios sin remuneración alguna. Pero quienes las

vuelven indispensables son los lectores y por esa razón la Conabip lanza esta campaña para sumar nuevos socios. Participan compartiendo sus experiencias como lectores los escritores Luis Pescetti, Claudia Piñeiro, Eduardo Sacheri, Abelardo Castillo, Juan Sasturain y Liliána Bodoc y los actores Esteban Lamothe, Lucas Ferraro y Julieta Zylberberg, entre otros.

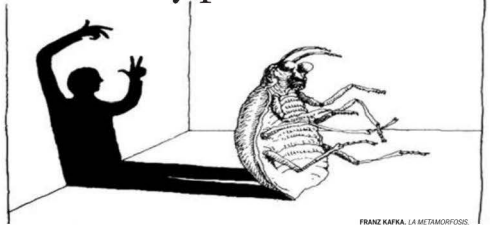


# Sin herida no hay poesía ni arte



**D**esde ya, la idea de un artista loco ha sido uno de los tantos lugares comunes a los que se recurre cuando se habla de locura y creatividad. Enrique Piñchón Riviere, figura central del psicoanálisis en la Argentina, decía que el artista sólo puede crear con sus partes sanas. Cuando Piñchón Riviere se refería al poeta Jacobo Fijman, que pasó gran parte de su vida internado en el Borda, sostenía que sólo cuando la psicosis le daba respiro podía crear.

En la misma dirección resulta emblemático el caso de Alejandra Pizarnik. Nadie sabe con exactitud lo que le llevó a suicidarse el 25 de septiembre de 1972. Su obra, como la de Samuel Beckett, da cuenta de la imposibilidad de la palabra, o mejor dicho, de los límites de la palabra a la hora de abordar lo que le ocurre al ser humano en sus zonas más profundas. De locura, intenciones y pérdida del sentido de realidad sabía mucho Antonín Artaud, el autor de *El teatro y su doble* y de *Heligolabo o el amorista coronado*. Artaud terminó sus días en un hospicio y poco antes de morir escribió un texto hermosísimo para una muestra en París de la obra de Van Gogh. Jamás hubiera imaginado que en el año 2014 el Musée D'Orsay presentaría una exposición con parte de la obra de ambos enfocada, precisamente, en el padecimiento psíquico que sufrieron. En esa muestra había registros filmicos de Antonín Artaud que lo mostraban como un autor iluminado por cierto fuego interno difícil de precisar. A esta altura no es difícil percibir que el concepto de enfermedad cambió con el tiempo. Y que de la misma manera que Oscar Wilde se lo atribuyó, que Freud lo vinculó con la sexualidad, más de una artista fue perseguido—algunos atrapados y cecetados—por la llamada Santa Inquisición. Que se haya creado el mito del artista loco no significa que éste sea real. La locura, en todo caso, está en sus personajes más



FRANZ KAFKA, LA METAMORFOSIS.

Es muy vasto el tema literario y enfermado como para encasillarlo en algunos textos o personajes aislados. Es productivo, en cambio, pensar de qué forma la enfermedad ha alimentado a la literatura a lo largo del tiempo.

que en los autores. Y también para la estética contemporánea esta última posibilidad debería discutirse. Medea asesina a sus hijos y Hamlet enloquece a Ophelia, pero sería muy superficial considerar que están locos. En el arte el padecimiento psíquico es una caldera de enorme creatividad.

Al reflexionar sobre literatura y enfermedad, y para evitar simplificaciones, podríamos afirmar que cada padecimiento constituye un tipo de terreno del arte habla de otra cosa. Un sujeto es un cuerpo. Los enfermos de Thomas Mann en *La*

montaña mágica sirven a la literatura en la medida en que aquello que los afecta nos permite internarnos en sus respectivos psiquismos y encontramos nosotros mismos, como lectores, con nuestros propios laberintos. Un acto humano es un texto en potencia y puede ser comprendido dentro del contexto dialógico de su tiempo. Lo que no se entiende, lo que corta el sentido, es precisamente lo que despierta el sujeto. Pensemos en *La metamorfosis*, de Kafka, y digamos, de manera contradictoria, que nadie se despierta convertido en un insecto, aunque todos, alguna vez, nos hemos despertado sintiendo lo mismo. La literatura existe cuando afecta el cuerpo del que lee. Y para eso antes han sido afectados los cuerpos de los personajes. César Vallejo, el gran poeta peruano, escribe: "Hay gentes tan desgraciadas, que ni siquiera tienen cuerpo". El cuerpo del padre de Kafka, en la maravillosa *Carta al padre*, es un cuerpo gigante frente a la contextura menudada de su hijo Franz. Y de eso escribe Kafka. Que el autor muriera de tuberculosis, una enfermedad que el romanticismo poetizó durante bastante tiempo, es un dato que forma parte del contexto vital del autor de *El proceso*. Nada más descortado que intentar descubrir la biografía del autor a través de su obra. Siempre en el proceso artístico hay algo autobiográfico, pero jamás es lo central. El texto va perdiendo al autor en el

camino y solo queda en pie la obra. Las primeras líneas de *El inmóvil*, de Samuel Beckett, dicen así: "Parece que hablo yo, pero no soy yo; que hablo de mí, pero no es de mí". El autor se evapora y las alegrías, las fisuras y las desgracias quedan en los textos a través de sus criaturas. No hay que ir en busca del orden sino del sujeto fragmentado. La identidad de un sujeto desordenado se reformula en el proceso de la escritura. La enfermedad en el arte es siempre lo que altera la realidad. En ese sentido podría afirmarse que no hay literatura sin enfermedad. Es decir, que no hay literatura sin fisura, sin rompimiento, sin crisis, sin vacío.

Sófocles, en el siglo V antes de Cristo, muestra a Filocetes, protagonista de la tragedia hominiana, con una horrible herida en una de sus piernas que superada sin cesar y consigue que todos se alejen de él. Es la imagen misma de la soledad. Su enfermedad se ve a simple vista. No hay un velo, como en los personajes de Chejov, que pueden arrastrar un padecimiento durante años y este se manifiesta a través de la melancolía y el tedio. La enfermedad, en los personajes del gran autor ruso, que él mismo se le atribuyó, se evidencia en el paso de la tuberculosis a la leucemia a los cuarenta y seis años, se confunde con la resignación.

Susan Sontag, en *La enferme-*

dad y sus metáforas, describe el paso del cáncer por su cuerpo y pone al descubierto el rechazo que genera en los otros la sola mención a un padecimiento que en algunos casos resulta terminal. En el mediatizado mundo de nuestros días todo lo que no sea terro y pánico, como apunta el pensador coreano Byung-Chul Han, produce un choque insostenible. La actual es una sociedad que niega la muerte y hace una apología de la eterna juventud. Lo que no es suave, liso y agradable a los ojos produce inquietud y resquemor. En el mundo del "me gusta" no se admiten ni fisuras ni grietas. El arte se ocupa de expresar lo contrario. Su tarea, precisamente, es rescatar lo otro, es decir, ese resto o desecho que se pretende esconder. Sin herida no hay poesía ni arte. Nietzsche habla de "la lenta flecha de la belleza, la que se apodera de nosotros casi sin que nos demos cuenta, en suambrosos". De eso se trata cuando se habla del hecho estético, de ahí que resulte imposible pensar lo artístico sin los quiebres que producen aquello que viene a interrumpir la linealidad de la existencia. Los personajes de James Joyce están enfermos: En la literatura la enfermedad es el camino. Lo que es constitutivo de lo estético es la presencia de cierta otredad que puede llamarse enfermedad, dolor o simplemente cambio, y que es la que hace que la experiencia de vivir sea más riesgosa; pero siempre más verdadera.

CON LOS OJOS  
DEL OTRO

Una de las ventajas de la lectura, se suele decir, es que promueve la empatía, nos pone a ver el mundo con los ojos de los demás, comprender a lo menos conocer otros puntos de vista. Eno le pasa a un mono chiquito que se muere de ganas de usar anteojos cuando decide probarse los lentes de los demás. *Simi tiri mira el mundo*, de

Liliana Bodoc (Editorial Norma Colección Buenas Noches), compila obras de autores e ilustradores contemporáneos universales para niños muy pequeños. Como en toda la serie abundan los animalitos, las fórmulas para repetir casi cantando, las familias y la ternura y la invitación a compartir el cuento al costado de la

cama. Hay mucho para mirar en este libro ilustrado por Viviana Garofoli, detalles que pueden leerse y que aportan al texto. Mucho juego con tipografías, colores y texturas, que acompañan este texto que, como todo lo que escribe Bodoc, incluye al menos un personaje o una situación que queda en la memoria para siempre.



## CONTRATAPA

→ VICENTE BATTISTA

# La ficción de las afecciones

Un recorrido por la historia de la literatura nos demuestra en qué momento empiezan a aparecer las enfermedades físicas en los personajes literarios y cuáles fueron las más frecuentes.

Los héroes de las grandes tragedias griegas viven la incertidumbre, sufren la angustia y el dolor, pero no padecen enfermedades físicas, si exceptuamos, claro está, las heridas que acumulan en las diferentes batallas en las que les toca participar. Orestes, Electra, Agamenón o Egisto cargan rencores y culpas, pero jamás tosen y escupan sangre. Edipo se arranca los ojos, abandona su reino y se larga a vagabundear sin destino, pero es el quien se daña, quien impone esa dolencia, llevada por la culpa. Recordemos que cuando le pregunta a Yocasta: "¿no ha de temerse el lecho materno?", Yocasta responde: "¿Qué ha de temer el hombre si está bajo el dominio de los hados? ¡Si nada con certeza puede prever! Lo mejor es vivir sin preocuparse, cada uno como pueda. Además, ¿por qué angustiarse por bodas con la madre? ¡Muchos las tienen: en sueños se unen maritalmente con sus madres! Pasa mejor la vida quien de estas necesidades hace burla".

¿Cuándo apareció la enfermedad física en literatura? ¿Cuándo comenzaron padecerla las personas de la literatura? ¡No se las ve! Un punto de partida posible podría ser a mediados del 1300: la epidemia de peste bubónica que asoló a Florencia en 1348, fue el disparador para los cien formidables cuentos escritos por Boccaccio y reunidos en *De-*



ALBERT CAMUS. LA PESTE.

comerón. En este caso no hay enfermos sino enfermedad: los diez personajes se refugian en una villa cercana a Florencia y evitan el contagio. Algunos sigos más tarde, Edgar Allan Poe ubicaría al príncipe Prospero en el interior de su inexpugnable castillo, rodeado por sus serviles cortejos, el príncipe pensó que impediría el ingreso de la peste que asolaba la comarca. Esta vez hubo enfermedad y enfermos: la muerte roja, escondida tras una máscara, mató al príncipe y a la totalidad de los cortesanos. Un siglo después, Albert Camus retomaría el tema: *La peste*, se llamó su segunda novela. Sucede en la ciudad de Orán y cuando casi no quedan esperanzas, la plaga desaparece. El doctor Rieux, su protagonista y narrador, advierte que el bacilo nunca muere, sólo duerme y en cualquier momento puede despertar. En *La peste* de Albert Camus, María la despierta bajo la forma de una epidemia de cólera: Gustav von Aschenbach, el solitario escritor

alemán agonizará sin que llegue a materializarse su secreto amor por el joven Tzitzio.

Las pestes, bajo sus diferentes rostros, se han instalado definitivamente en la literatura. Sin embargo, a la hora de hacer inventario, quedan rezagadas con respecto a la enfermedad que hasta ahora más páginas ha ocupado. Hablo de la tuberculosis. En los siglos XVIII, XIX y parte del XX era el padecimiento que sufrían por igual autores y personajes. Numerosos artistas de aquellos años, no distinguían su incipiente tuberculosis. Cuando joven —confesó Théophile Gautier—, no hubiera reconocido como poesía lírica a nada que yo escribiera jamás. La tisis, como alguna vez se la llamó, pasó a ser la gran señora de las enfermedades literarias. El repertorio de criaturas de ficción que la sufren es vastísimo, ahí está Margarita Gautier, la dolida dama de las camelias, y por ahí deambulaban

Fantine, la prostituta adolescente de *Los miserables* e Insauro, el joven revolucionario búlgaro de *Vieiras*.

En 1882 el doctor Robert Koch descubrió el bacilo que produce la tuberculosis, y aunque su origen dejó de ser un misterio, continuó alimentando a la literatura posterior: En *La montaña mágica*, el joven Hans Castorp, ingresará al sanatorio Internacional Berghof, para visitar a su primo Joachim Ziemssen, y ahí se quedará, junto a Ludovico Settembrini y a la bella Clawdia Chauchet, todos acosados por el fantasma de la muerte cercana. En otro sanatorio para tuberculosos, el de la Conca d'Oro, en Italia, estarán el profesor Angelo y la ex bailarina Marta, los enamorados sin esperanza de *Fervor de la apostado*. Tampoco tendrán esperanzas Little Eva de *La caballería del día*, el pequeño Pablo de *El árbol y el hijo* y Yvonne Sirek de Nicholas Nickleby. La tuberculosis también habita la literatura rioplatense, entre los

abundantes títulos podríamos recordar varios poemas de Evaristo Carrigo, el drama *La doncella de la salud*, de Florencio Sánchez, el cuento "Esther Primavera", de Roberto Arlt, las novelas *La adiosy* *Para una tumba sin nombre*, de Juan Carlos Onetti, y *Boguitas pintadas*, de Manuel Puig.

Susan Sontag, en las páginas de su libro *La enfermedad y sus metafóras*, señala que del mismo modo que la tuberculosis

fue la enfermedad del siglo XIX, el cáncer es la del XX. Sin embargo, esas células malignas que, según Novalis, "como parásitos acabados —crecen, son engendradores, engendran, tienen su estructura, secretan, comen" siguen siendo —dice la propia Sontag— "un tema raro y escandaloso en la poesía; y es inimaginable estetizar esta enfermedad (...)" que nadie ha logrado de embriajo, aunque cumple algunas funciones metafóricas que en el siglo XIX cumplía la tuberculosis". Tal vez por eso, son escasos los personajes de ficción que padecen cáncer: lo sufre el padre de Eugene Gant, en *Del tiempo y del río*, y hay quienes sostienen que es un cáncer lo que provoca la muerte de Iván Ilich, aunque no pasa de ser una mera interpretación, ya que "Tolstói jamás dice cuál es la enfermedad que mata a su protagonista. ¡Por qué la tuberculosis convoca a muchísimos más personajes literarios de los que convoca el cáncer? Podríamos ensayar diversas explicaciones, se me ocurre que Charles Baudelaire, en su ensayo *L'École païenne*, publicado en 1857, con la certeza propia de los grandes poetas, dio la verdadera respuesta: "La tuberculosis era una metáfora ambiental; a la vez una maldición y el emblema del refinamiento. Al igual que se lo vio como una maldición: metafóricamente era el bárbaro dentro del cuerpo".

Una vez más, lo bello triunfa sobre lo bárbaro, aunque, en palabras de Thomas Mann: "La belleza, como el dolor, hace sufrir".